

---

# EL DIABLO COJUELO.

---

VERDADES SOÑADAS Y NOVELAS DE LA OTRA VIDA,

TRADUCIDAS Á ESTA

POR LUIS VELEZ DE GUEVARA.

---

## TRANCO PRIMERO.

DABAN en Madrid, por los fines de julio, las once en punto, hora menguada para las calles por falta de la luna, jurisdicción y término redondo de todo requiebro lechuzo, y patarata de la muerte. El prado de San Jerónimo boqueaba coches en la última jornada de su paseo, y en los baños de Manzanares, los Adanes y las Evas de la corte, fregados mas de la arena que limpios del agua, decian el *He rio est*; cuando don Cleofas Leandro Perez Zambullo, hidalgo á cuatro vientos, caballero huracan, y encrucijada de apellidos, galan de noviciado, y estudiante de profesion, embarazado con un broquel y una cortadora espada, aprendia á gato por el caballete de un tejado, huyendo de la justicia, que le venia á los alcances por un estrupo que no lo habia comido ni bebido, que en el pleito de acreedores de una noble doncella al uso estaba graduado en el lugar veintidoseno, pretendiendo que el pobre licenciado escotase solo lo que tantos habian merendado. Y como solicitaba escaparse de él (para uno son sentencia definitiva del cura de la parroquia, y auto que no lo revoca sino el vicario, responso juez de la otra vida), no dificultó arrojarse desde el ala del susodicho eminente tejado, como si las tuviera, á la burada de otro que estaba confinante, nordesteado de una luz que por ella escasamente se brujuleaba, estrella de la tormenta que corria, en cuyo desvan puso los piés y la boca á un mismo tiempo, saludándolo como á puerto seguro de tales naufragios y dejando burlados á los ministros del agarro y los honrados pensamientos de doña Tomasa de Bitigudiño, doncella chanflona, que se pasaba de noche como cuarto falso, que para que surtiese efecto su bellaquería habia cometido otro estelionato mas con el capitan de los jinetes á gatas que corrían las costas de aquellos tejados en su demanda, y volvian corridos de que se les hubiese escapado aquel

saltador bajel de capa y espada que llevaba cautiva la honra de aquella señora mohatrrera de doncellazgos, que juraba entre sí tomar satisfaccion de este desaire en otro inocente chapeton de embustes doncelliles, fiada en una venerable madre á quien ella llamaba tia: liga donde habia caido tanto pájaro forastero.

A estas horas el estudiante, no creyendo su buen suceso y deshollinando con el vestido y los ojos el zaquizamí, admiraba la region donde habia arribado, por las extranjerías extravagancias de que estaba adornada la tal espelunca, cuyo avariento farol era un candel de garabato, que se descubria sobre una mesa antigua de cadena, y papeles infinitos, así compuestos y desordenados, escritos de caracteres matemáticos, unas efeméridas abiertas, dos esferas y algunos compases y cuadrantes; ciertas señales de que vivia en el cuarto de mas abajo algun astrólogo, dueño de aquella confusa oficina y embustería ciencia; y llegándose don Cleofas curiosamente, como quien profesaba letras y era algo inclinado á aquella profesion, á revolver los trastos astrológicos, oyó un suspiro entre ellos mismos, que pareciéndole imaginacion ó ilusion de la noche, pasó adelante con atencion papeleando los memoriales de Euclides y embelecos de Copérnico; escuchando segunda vez repetir el suspiro, entónces, pareciéndole que no era engaño de la fantasía, sino verdad que se habia venido á los oidos, dijo con desgarró y ademan de estudiante valiente: ¿Quién diablo suspira aquí? Respondióle al mismo tiempo una voz entre humana y extranjera: Yo soy, señor licenciado, que estoy en esta redoma, adonde me tiene preso este astrólogo que vive ahí abajo, porque tambien tiene su punta de la mágica negra y es mi alcaide dos años habrá. Luego familiar eres, dijo el estudiante. Harto me holgara yo, respondieron de la redoma, que entrara uno de la santa Inquisicion para que, metiéndole á él en otra de cal y canto, me sacara á mí de esta jaula de papagayos de

piedra azufre. Pero tú has llegado á tiempo que me puedes rescatar, porque este, á cuyos conjuros estoy asistiendo, me tiene ocioso, sin emplearme en nada, siendo yo el espíritu mas travieso del infierno. Don Cleofas, espumando valor, prerogativa de estudiantes de Alcalá, le dijo: ¿Eres demonio plebeyo, ó de los de nombre? Y de gran nombre, le repitió el vidrio endemoniado, y el mas celebrado en entrambos mundos. ¿Eres Lucifer? le repitió don Cleofas. Ese es demonio de dueñas y escuderos, le respondió la voz. ¿Eres Satanás? prosiguió el estudiante. Ese es demonio de sastres y carniceros, volvió la voz á repetir. ¿Eres Bercebú? volvió á preguntarle don Cleofas, y la voz á responderle: Ese es demonio de tahures, amancebados y carreteros. ¿Eres Barrabas, Belial, Astarte? finalmente le dijo el estudiante. Esos son demonios de mayores ocupaciones, respondió la voz; demonio mas por menudo soy, aunque me meto en todo; yo soy las pulgas del infierno, la chisme, el enredo, la usura, la molatra; yo traje al mundo la zarabanda, el deligo, la chacona, el bullencuz, las cosquillas de la capona, el guiriguirigay, el zampapalo, la mariona, el avilipinta, el pollo, la carretería, el hermano Bartolo, el carcañal, el guineo y el clorin colorado; yo inventé las pandorgas, las jácaras, las palapatas, los comos, las mortecinas, los títeres, los volatines, los saltambancos, los maesecorales, y al fin yo me llamo el Diablo Cojuelo. Con decir eso, dijo el estudiante, hubiéramos ahorrado lo demás; usted me conozca por su servidor, que ha muchos dias que le deseaba conocer. Pero no me dirá, señor Diablo Cojuelo, ¿por qué le pusieron este nombre, á diferencia de los demás, habiendo todos caído desde tan alto, que pudieran quedar todos de la misma suerte y con el mismo apellido? Yo, señor don Cleofas Leandro Perez Zambullo, que ya le sé el suyo, ó los suyos, dijo el Cojuelo, porque hemos sido vecinos, por esa dama que galanteaba y por quien le ha corrido la justicia esta noche y de quien despues le contaré maravillas, me llamo de esta manera porque fui el primero de los que se levantaron en la rebelion celestial y de los que cayeron y todo; y como los demás dieron sobre mí, me estropearon; y así quedé mas que todos señalado de la mano de Dios y de los piés de todos los diablos, y con este sobrenombre; mas no por eso menos ágil para todas las facciones que se ofrecen en los países bajos, en cuyas empresas nunca me he quedado atrás, antes me he adelantado á todos, que camino del infierno tanto anda el cojo como el viento, aunque nunca me he estado mas sin reputacion que ahora en poder de este vinagre, á quien por trato me entregaron mis propios compañeros, porque los traía al retortero á todos, como dice el refran de Castilla, y cada momento á los mas águlos los daba gato por demonio. Sácame de este Argel de vidrio; que yo te pagaré el rescate en muchos gustos, á fe de demonio, porque me precio de amigo de mi amigo, con mis tachas buenas ó malas. ¿Cómo quieres, dijo don Cleofas mudando la cortesía con la familiaridad de la conversacion, que yo haga lo que tú no puedes, siendo demo-

nio tan mañoso? A mí no me es concedido, dijo el espíritu, y á tí sí, por ser hombre con el privilegio del bautismo y libre del poder de los conjuros, con quien han hecho pacto los príncipes de la Guinea infernal. Toma un cuadrante de esos y haz pedazos esa redoma, que luego en derramándome me verás visible y palpable.

No fué escrupuloso ni perezoso don Cleofas, y ejecutando lo que el espíritu le dijo, hizo con el instrumento astronómico jigote el vaso, inundando la mesa sobredicha en un licor turbio, escabeche en que se conservaba el tal diablillo; y volviendo los ojos al suelo, vió en él un hombrecillo de pequeña estatura, afirmado en dos muletas, sembrado de chichones mayores de marca, calabacino de testa, y badea de cogote, chato de narices, la boca formidable y apuntalada en los colmillos solos, que no tenia mas muela ni diente; los desiertos de las encías erizados, los bigotes como si hubiera barbado en Hircania; los pelos de su nacimiento ralos, uno aquí y otro allí, á fuer de los espárragos, legumbre tan enemiga de la compañía, que si no es para venderlos en manojos no se juntan. Bien hayan los berros, que nacen unos entrepernados con otros, como vecindades de la corte: perdone la malicia de la comparacion.

Asco le dió á don Cleofas la figura, aunque necesitaba de su favor para salir del desvan, ratonera del astrólogo en que habia caído huyendo de los gatos que le siguieron, salvo el guante á la metáfora, y asiéndole por la mano el Cojuelo y diciéndole: Vamos, don Cleofas, que quiero comenzar á pagarte en algo lo que te debo, salieron los dos por la buharde como si los dispararan de un tiro de artillería, no parando de volar hasta hacer pié en el chapitel de la torre de San Salvador, mayor atalaya de Madrid, tiempo á que su reloj daba la una; hora que tocaba á recoger el mundo poco á poco al descanso del sueño, treguas que dan los cuidados á la vida, siendo comun el silencio á las fieras y á los hombres; medidas que á todos hace iguales, habiendo una notable priesa á quitarse zapatos y medias, calzones y jubones, basquiñas y berdegados, guardainfantes, polleras, enaguas y guardapiés, para acostarse hombres y mujeres, quedando las humanidades menos mesuradas, y volviéndose á los primeros originales que comenzaron en el mundo, horros de todas estas ventajas; y engestándose al camarada, el Cojuelo le dijo: Don Cleofas, desde esta picota de las nubes, que es el lugar mas eminente de Madrid, mal año para Menipo, en los diálogos de Luciano te he de enseñar todo lo mas notable que á estas horas pasa en esta Babilonia española, que en la confusion fué esotra con ella, segunda de este nombre. Y levantando á los edificios los techos por arte diabólica lo hojaldrado, se descubrió la carne del pastelón de Madrid, como entonces estaba patentemente, que por el mucho calor estuvo estaba con menos celosías y tanta variedad de sabandijas racionales en esta arca del mundo, que la del diluvio, comparada con ella, fué do capas y gorras.

## TRANCO II.

Quedó don Cleofas absorto en aquella pepitoria humana de tanta diversidad de manos, piés y cabezas, y haciendo grandes admiraciones, dijo: ¿Es posible que para tantos hombres, mujeres y niños hay lienzo para colchones, sábanas y camisas? Dejádme que me asombre, que entre las grandezas de la Providencia divina no es esta la menor. Entonces el Cojuelo, previniéndole, le dijo: Advierte que quiero empezar á enseñarte distintamente en este teatro, donde tantas figuras representan, las mas notables, en cuya variedad está su hermosura. Mira allí primeramente cómo están sentados muchos caballeros y señores á una mesa opulentísima, acabando una media noche, que eso les han quitado á los relojes no mas. Don Cleofas le dijo: Todas estas caras conozco, pero sus bolsas no, sino es para servirlos. Hanse pasado á los extranjeros, porque las trataban muy mal estos príncipes cristianos, dijo el Cojuelo, y se han quedado con las caponas sin ejercicio. Dejémoslos, dijo don Cleofas, que yo aseguro que no se levanten de la mesa sin haber concertado un juego de cañas para cuando Dios fuere servido; y pasemos adelante que á estos magnates los mas de los dias les beso yo las manos, y estas caravanas las ando yo las mas de las noches, porque he sido dos meses culto vergonzante de la proa de uno de ellos y estoy encurtido de excelencias y señorías, solamente buenas para veneradas.

Mira allí, prosiguió el Cojuelo, cómo se está quejando de la orina un letrado, tan ancho de barba y tan espeso, que parece que saca un delfin la cola por las almohadas. Allí está pariendo doña Fábula, y don Toribio, su indigno consorte, como si fuera suyo lo que pare, muy oficioso y lastimado, y está el dueño de la obra á pierna suelta en esotro barrio, roncando y descuidado del suceso. Mira aquel preciado de lindo, ó aquel lindo de los mas preciados, cómo duerme, con bigoterías torcidas de papel en las guedejas y el copepe, sebilló en las manos y guantes descabezados y tanta pasa en el rostro, que pueden hacer colacion en él toda la Cuaresma que viene. Allí mas adelante está una vieja, grandísima hechicera, haciendo en un almirez una medicina de drogas restringentes para remendar una doncella sobre su palabra, que se ha de desposar mañana. Y allí en aquel aposentillo estrecho están dos enfermos en dos camas y se han purgado juntos, y sobre quién ha hecho mas cursos, como si le hubieran de graduar en la facultad, se han levantado á matar á almohadazos. Vuelve allí, y mira con atencion cómo se está untando un hipócrita á lo moderno para hallarse en una gran junta de bruja que hay entre San Sebastian y Fuenterrabía, y á fe que nos habíamos de ver en ella si no temiera el riesgo de ser conocido del demonio que hace el cabron, porque le dió una bofetada á mano abierta en la antecámara de Lucifer sobre unas palabras mayores que tuvimos, que

tambien entre los diablos hay libro del duelo, porque el autor que le compuso es hijo de vecino del infierno. Pero mucho mas nos podemos entretener por acá, y mas si pones los ojos en aquellos dos ladrones que han entrado por un balcon en casa de aquel extranjero rico con una llave maestra, porque las ganzúas son á lo antiguo, y han llegado donde está aquel talego de vara y media, estofado de patacones de á ocho, á la luz de una linterna que llevan, que por ser tan grande y no poder arrancarle de una vez, por el riesgo del ruido, determinan abrirle é hinchar las faltriqueras y los calzones y volver otra noche por lo demás; y comenzando á desatarle, saca el tal extranjero, que estaba dentro de él guardando su dinero por no fiarse de nadie, la cabeza, diciendo: Señores ladrones, acá estamos todos, cayéndose espantados, uno á un lado y otro á otro, como resurreccion de aldea, y se vuelven gateando á salir por donde entraron. Mejor fuera, dijo don Cleofas, que le hubieran llevado sin desatar en el capullo de su dinero, porque no le sucediera ese desaire, pues que cada extranjero es un talego bautizado, que no sirve de otra cosa en nuestra república y en la suya por nuestra mala maña. Pero ¿quién es aquella abada con camisa de mujer, que no solamente la cama le viene estrecha, sino la casa y Madrid, que hace roncando mas ruido que la Bermuda, y al parecer cámaras de tinajas y como jigotas de bóvedas? Aquella ha sido cuba de Sahagun, y no profesó, dijo el Cojuelo, sino es el mundo de ahora, que está para dar un estallido, y todo junto puede ser siendo quien es, que es una bodegonera tan rica, que tiene, á dar rocin por carnero y gato por conejo á los estómagos del vuelo, seis casas en Madrid, y en la puerta de Guadalajara mas de veinte mil ducados, y con una capilla que ha hecho para su entierro y dos capellanías que ha fundado, se piensa ir al cielo derecha, que aunque pongan una garrucha en la estrella de Venus y una alzaprima en las siete Cabrillas, me parece que será imposible que suba allá aquel tonel, y como ha cobrado buena fama, se ha echado á dormir de aquella suerte.

Aténgome, dijo don Cleofas, á aquel caballero tásajo que tiene el alma en cecina, que he echado de ver que es caballero de un hábito, que le he visto en una ropilla á la cabecera y no es el mayor remiendo que tiene, y duerme enroscado como lamprea empánada, porque la cama es media sotanilla, que le llega á las rodillas no mas. Aquel, dijo el Cojuelo, es pretendiente y está demasiado de gordo y bien tratado para el oficio que ejercita. Bien haya aquel tabernero de corte que se quita de esos cuidados y es cura de su vino, que le está bautizando en sus pellejos y las tinajas, y á estas horas está hecho diluvio en pena con su embudo en la mano, y antes de mil años espero verle jugar cañas por el nacimiento de algun príncipe. ¿Qué mucho, dijo don Cleofas, si es tabernero y puede emborrachar á la fortuna? No hayas miedo, dijo el Cojuelo, que se vea en eso aquel alquimista que

está en aquel sótano con unos fuelles, respirando una hornilla llena de lumbre, sobre la cual tiene un perol con mil variedades de ingredientes, muy presumido de acabar la piedra filosofal y hacer el oro; que ha diez años que anda en esta pretension, por haber leído el arte de Reimnudo Lulio y los autores químicos que hablan en este mismo imposible. La verdades, dijo don Cleofas, que nadie ha acertado á hacer el oro sino es Dios, y el sol con comision particular suya. Eso es cierto, dijo el Cojuelo, pues nosotros no hemos salido con ello. Vuelve allí y acompáñame á reir de aquel marido y mujer, tan amigos de coche, que todo lo que habian de gastar en vestir, calzar y componer su casa lo han empleado en aquel que está sin caballos ahora, y comen, cenan y duermen dentro de él, sin que hayan salido de su reclusion ni aun para las necesidades corporales en cuatro años que ha que le compraron, que están encochados como emparedados, siendo tanta la costumbre de no salir de él, que les sirve el coche de conchas como á la tortuga y al galápago, que en sacando cualquiera de ellos la cabeza fuera de él, la vuelven á meter luego, como quien la tiene fuera de su natural, y se resfrían y acatarran en sacando pié, pierna ó mano de esta estrecha region, y pienso que quieren ahora labrar un desvan en él para ensancharse y alquilarle á otros dos vecinos, tan inclinados á coche, que se contentaran con vivir en el caballete de él. Esos, dijo don Cleofas, se han de ir al infierno en coche y en alma. No es penitencia para menos, respondió el Cojuelo; diferentemente le sucede á esotro pobre y casado, que vive en esotra casa mas adelante, que despues de no haber podido dormir desde que se acostó, con un órgano al oido de niños, triples, contraltos, terceruelas y otros mil guisados de voces que han inventado para llorar, aunque se iba á trasponer un poco, le ha tocado á rebato un mal de madre de su mujer, tan terrible, que no ha dejado ruda en la vecindad, lana ni papel quemado, escudilla untada con ajo, ligaduras, bebidas, humazos y trecientas cosas mas, y á él le ha dado de andar en camisa un dolor de ijada con que imagino que se ha de desquitar del dolor de madre de su mujer.

No están tan despiertos en aquella casa, dijo don Cleofas, donde está echando una escala aquel caballero, que al parecer da asalto al cuarto y la honra del que vive en él, que no es buena señal habiendo escaleras dentro querer entrar por las de afuera. Allí, dijo el Cojuelo, vive un caballero viejo y rico que tiene una hija muy hermosa y doncella, y rabia por dejarlo de ser con un marqués, que es el que da la escalada, que dice que se ha de casar con ella, que es papel que ha hecho con otras diez ó doce y lo ha representado mal; pero esta noche no conseguirá lo que desea, porque viene un alcalde de ronda, y es muy antigua costumbre de nosotros ser muy regatones en los gustos; y como dice vuestro refran, si la podemos dar roma, no la damos agnileña. ¿Qué voces, dijo don Cleofas, son las que dan en esotra casa mas adelante, que parece que

pregonan algun demonio que se ha perdido? No seré yo, que me he rescatado, dijo el Cojuelo, sino es que me llamen á pregones del infierno por el quebrantamiento de la redoma; pero aquel es un garitero que ha dado esta noche ciento y cincuenta barajas y se ha endiablado de cólera porque no le han pagado ninguna y se van los actores y los reos con las costas en el cuerpo tras una pendencia de barato sobre uno que juzgó mal una suerte, y lo mete en paz aquella música que dan á cuatro voces en esotra calle unos criados de un señor á una mujer de un sastrero que ha jurado que los ha de coser y puñaladas. Si yo fuera el marido, dijo don Cleofas, mas los tuviera por gatos que por músicos. Ahora te parecerán galgos, dijo el Cojuelo, porque otro competidor de la sastra, con una gavilla de seis ó siete, vienen sacando las espadas, y los orfeos de la música, reparando la primera invasion con las guitarras, hacen una fuga de cuatro ó cinco calles. Pero vuelve allí los ojos, verás cómo se va desnudando aquel hidalgo que ha rondado toda la noche, tan caballero de milagro en las tripas como en todas las demás facciones, pues quitándose una cabellera, queda calvo, y las narices de carátula, chato, y unos bigotes postizos, lampiño, y un brazo de para, estropeado, que pudiera irse mas camino de la sepultura que de la cama. En esotra casa mas arriba está durmiendo un mentiroso con una notable pesadilla, porque sueña que dice verdad. Allí un vizconde, entre sueños, está muy vano, porque ha regateado la excelencia á un grande. Allí está muriendo un fullero y ayudándole á bien morir un testigo falso, y por darle la bula de la Cruzada le da una baraja de naipes, porque muera como vivió, y él, boqueando, por decir Jesus ha dicho flux. Allí mas arriba un boticario está mezclando la piedra bezar con los polvos de sen. Allí sacan un médico de su casa para una apoplejía que le ha dado á un obispo. Allí llevan aquella comadre para partear á una preñada de medio ojo, que ha tenido dicha en darle los dolores á estas horas. Allí, doña Tomasa, tu dama, en enaguas, está abriendo la puerta á otro, que á estas horas le oye de amor. Déjame, dijo don Cleofas, bajaré sobre ella á matarla á coces. Para estas ocasiones se hizo el tate, tate, dijo el Cojuelo, que no es salto para de burlas, y te espantas de pocas cosas, que sin este enamorado morciélagos hay otros ochenta, para quien tiene repartidas las horas del día y de la noche. Por vida del mundo, dijo don Cleofas, que la tenia por una santa. Nunca te creas de ligero, le replicó el diablillo, y vuelve los ojos á mi astrólogo y verás con las pulgas é inquietud que duerme; debe de haber sentido pasos en su desvan y recela algun detrimento en su redoma. Consuélese con su vecino, que mientras está roncando á mas y mejor, le están sacando su mujer, como muela sin sentirlo, aquellos dos soldados. Del mal lo menos, dijo don Cleofas, que yo sé del marido hecho durmiente que dirá cuando despierto lo mismo.

Mira allí, prosiguió el Cojuelo, aquel barbero, que

soñando se ha levantado y echado unas ventosas á su mujer y la ha quemado con las estopas las tablas de los muslos, y ella da gritos, y él, despertando, la consuela, diciendo que aquella diligencia es bueno que esté hecha para cuando fuere menester. Vuelve allí los ojos á aquella cuadrilla de sastres que están acabando unas vistas para un tonto que se casa á ciegas, que es lo mismo que por relacion, con una doncella tarasca, fea, pobre y necia, y le han hecho creer al contrario con un retrato que le trajo un casamentero, que á estas horas se está levantando con un pleiteante que vive pared en medio de él, el uno á casar ministros, y el otro á casar todo el género humano, que solamente tú, por estar tan alto, estás seguro de este demonio, que en algun modo lo es mas que yo. Vuelve los ojos y mira á aquel cazador mentecato de gallo, que está ensillando su rocin ahora á estas horas y está poniendo la escopeta debajo del caparazon, y deja de dormir de aquí á las nueve de la mañana por ir á matar un conejo, que le costaría menos aunque le comprara en la despensa de Judas. Y al mismo tiempo advierte cómo á la puerta de aquel rico avariento echan un niño, que por partes de su padre puede pretender la beca del Antecristo, y él, en grado de apelacion, da con él en casa de un señor que vive junto á la suya, que tiene talle de comérselo antes que criarlo, porque ha días que su despensa espera el domingo de casi racion. Pero ya el día no nos deja pasar adelante, que el aguardiente y el letuario son sus primeros crepúsculos, y viene el sol haciendo cosquillas á las estrellas que están jugando á salga la parida y dorando la píldora del mundo, tocando al arma á tantas bolsas y talegos y dando rebato á tantas ollas, sartenes y cazuelas, y no quiero que se valga de mi industria para ver los secretos que le negó la noche; cuéstele brujulearlo por resquicios, claraboyas y chimeneas, y volviendo á poner la tapa al pastelón, se bajaron á las calles.

### TRANCO III.

Ya comenzaban en el puchero humano de la corte á hervir hombres y mujeres, unos hácia arriba y otros hácia abajo y otros de través, haciendo un cruzado al son de su misma confusion, y el piélagos racional de Madrid á sembrarse de ballenas con ruedas, que por otro nombre llaman coches, trabándose la batalla del día, cada uno con designio y negocio diferente, y pretendiéndose engañar los unos á los otros, levantándose una polvareda de embustes y mentiras, que no se descubria una brizna de verdad por un ojo de la cara; y don Cleofas iba siguiendo á su camarada, que le habia metido por una calle algo angosta, llena de espejos por una parte y por otra, donde estaban muchas damas y lindos, mirándose y poniéndose de diferentes posturas de bocas, guedejas, semblantes, ojos, bigotes, brazos y manos, haciéndose cocos á ellos mismos. Preguntó don Cleofas qué calle era aquella, que le parecia que no la habia visto en Madrid. Es, respondió

el Cojuelo, que esta se llama la calle de los Gestos, que solamente saben á ella estas figuras de la baraja de la corte, que vienen aquí á tomar el gesto con que han de andar aquel día, y salen con perlesía de lindeza, unos con boquita de raton, otros con los ojitos dormidos, roncando hermosura, y todos con los dos dedos de las manos, índice y menique, levantados, y esotros de *Gloria Patri*. Pero salgamos muy de prisa de aquí, que con tener estómago de demonio y no haberme mareado las maretas del infierno, me le han revuelto estas sabandijas, que nacieron para desacreditar la naturaleza y el rentoy.

Con esto se salieron de esta calle á una plazuela, donde habia gran concurso de viejas, que habian sido damas cortesanas, y mozas, que entraban á ser lo que ellas habian sido, en grande contratacion unas con otras. Preguntó el estudiante á su camarada qué sitio era aquel, que tampoco le habia visto. Y él le respondió: Este es el baratillo de los apellidos, que aquellas damas pasas truecan con estas mozas albillas por medias traídas, por zapatos viejos, valonas, tocas y ligas, como ya no las han menester, que el Guzman, el Mendoza, el Enriquez, el Cerda, el Cueva, el Silva, el Castro, el Giron, el Toledo, el Pacheco, el Córdoba, el Manrique de Lara, el Osorio, el Aragon, el Guevara y otros generosos apellidos los ceden á quien los ha menester ahora para el oficio que comienza y se quedan con sus patronímicos primeros de Hernandez, Martinez, Lopez, Rodriguez, Perez, Gonzalez, etc.; porque al fin de los años mil vuelven los nombres por donde solian ir. Cada dia, dijo el estudiante, hay cosas nuevas en la corte. Y á mano izquierda entraron á otra plazuela al modo de la de los Herradores, donde se alquilaban tias, hermanos, primos y maridos, como lacayos y escuderos para damas de achaque que quieren pasar en la corte con buen nombre y encarecer su mercadería. A la mano derecha de este seminario andante estaba un grande edificio, á manera de templo sin altar, y en medio de él una pila grande de piedra, llena de libros de caballerías y novelas, y al rededor muchos muchachos desde diez á diez y siete años y algunas doncelluelas de la misma edad, y cada uno y cada una con su padrino al lado, y don Cleofas le preguntó á su compañero que le dijese qué era aquello, que todo le parecia que lo habia soñado. El Cojuelo le dijo: Algo tiene de eso este fantástico aparato; pero esta es, don Cleofas, en efecto la pila de los dones y aquí se bautizan los que vienen á la corte sin él. Todos aquellos muchachos son pajes para señores, y aquellas muchachas, doncellas para señoras de media talla, que han menester el don para la autoridad de la casa que entran á servir, y ahora les acaban de bautizar el don. Por allí entra ahora una fregona con un vestido alquilado, que la trae su ama á sacar de don, como de pila, para darla el tison de las damas, porque le pague en esta moneda lo que le ha costado el criarla, y aun ella parece que se quiere volver al paño, segun viene bruñida de esmeril. Un

moño, unos dientes postizos y un guarda-infante pueden hacer esos milagros, dijo don Cleofas; pero ¿qué acompañamiento, prosiguió, es este que entra ahora de tanta gente lucida por la puerta de este templo, consagrado al uso del siglo? Traen á bautizar, dijo el Cojuelo, un regidor muy rico, de un lugar aquí cercano, de edad de setenta años, que se viene al don por su pié, porque sin él le han aconsejado sus parientes que no cae tan bien el regimiento. Llámase Pascual, y vienen altercando si sobre Pascual le vendrá bien el don, que parece don extravagante de la iglesia de los dones. Ya tienen ejemplar, dijo don Cleofas, en don Pascual, ese que llamaron todos loco, y yo Diógenes de la ropa vieja, que andaba cubierta la cabeza con la ropa, sin sombrero, en traje de profeta, por esas calles. Mudarle el nombre, á mi parecer, prosiguió el Cojuelo, por no tener en su lugar regidor pascual, como cirio de los regidores. Dios le inspire, dijo don Cleofas, lo que mas convenga á su regimiento, como la cristiandad de los regidores ha menester. En acabando de tomar el señor regidor, dijo el Cojuelo, el agua del don, espera allí un italiano hacer lo mismo con un elefante que ha traído á enseñar á la Puerta del Sol. Los mas suelen llamarse, dijo el estudiante, don Pedros, don Juanes y don Alonso. No sé cómo ha tenido tanto descuido su ayo ó nairre, como dicen los de la India Oriental; plebeyo debía de ser este animal, pues ha llegado tan tarde al don. ¡Vive Dios! que me le he de quitar yo, porque me desbautizan y desdoran los que veo. Sígueme, dijo el Cojuelo, y no te amohines, que bien sabe el don dónde está, que se te ha caído en el Cleofas como la sopa en la miel.

Con esto salieron del soñado, al parecer, edificio, y en frente de él descubrieron otro, cuya portada estaba pintada de sonajas, guitarras, gaitas zamoranas, cencerros, cascabeles, ginebras, caracoles, castrapuercos, pandorga prodigiosa de la vida, y preguntó don Cleofas á su amigo qué casa es aquella que mostraba en la portada tanta variedad de instrumentos vulgares, que tampoco la he visto en la corte, y me parece que hay dentro mucho regocijo y entretenimiento. Esta es la casa de los locos, respondió el Cojuelo, que ha poco que se instituyó en la corte, entre unas obras pias que dejó un hombre muy rico y muy cuerdo, donde se castigan y curan locuras que hasta ahora no lo habian parecido. Entremos dentro, dijo don Cleofas, por aquel postiguillo que está abierto y veamos esta novedad de locos. Y diciendo y haciendo, se entraron los dos, uno tras otro, pasando un zaguan, donde estaban algunos de los convalecientes pidiendo limosna para los que estaban furiosos; llegaron á un patio cuadrado, cercado de celdas pequeñas por arriba y por abajo, que cada una de ellas ocupaba un personaje de los susodichos. A la puerta de una de ellas estaba un hombre, muy bien tratado de vestido, escribiendo sobre la rodilla y sentado en una banqueta, sin levantar los ojos del papel, y se habia sacado uno con la pluma sin sentirlo. El Cojuelo le dijo: Aquel es un

loco arbitrista que ha dado en decir que ha de hacer la reduccion de los cuartos, y ha escrito sobre eso mas hojas de papel que tuvo el pleito de don Alvaro de Luna. Bien haya quien le trajo á esta casa, dijo don Cleofas, que son los locos mas perjudiciales de la república. Esotro que está en esotro aposento, prosiguió el Cojuelo, es un ciego enamorado, que está con aquel retrato de su dama en la mano y aquellos papeles que le ha escrito como si pudiera ver lo uno ni leer lo otro, y da en decir que ve con los oídos. En esotro aposentillo, lleno de papeles y libros, está un gramaticon que perdió el juicio buscándole á un verbo griego el gerundio. Aquel, que está á la puerta de esotro aposentillo con unas alforjas al hombro y en calzon blanco, le han traído porque siendo cochero que andaba siempre á caballo, tomó oficio de correo de á pié. Esotro que está en esotro de mas arriba con un halcon en la mano es un caballero que, habiendo heredado mucho de sus padres, lo gastó todo en la cetrería y no le ha quedado mas que aquel halcon en la mano, que se las come de hambre. Allí está un criado de un señor, que teniendo qué comer se puso á servir. Allí está un bailarín que se ha quedado sin son bailando en seco. Mas adelante está un historiador que se volvió loco de sentimiento de haber perdido tres décadas de Tito Livio. Mas adelante está un colegial cercado de mitras, probándose la que le viene mejor, porque dió en decir que habia de ser obispo. Luego en esotro aposentillo está un letrado que se desvaneció en pretender plaza de ropa, y de letrado dió en sastre, y está siempre cortando y cosiendo garnachas. En esotra celda, sobre un cofre lleno de doblones, cerrado con tres llaves, está sentado un rico avariento, que sin tener hijo ni pariente que le herede, se da muy mala vida, siendo esclavo de su dinero y no comiendo mas que un pastel de á cuatro, ni cenando mas que una ensalada de pepinos, y le sirve de cepo su misma riqueza. Aquel que canta en esotra jaula es un músico sinzonte, que remeda los demás pájaros, y vuelve de cada pasaje como de un parasismo. Está preso en esta cárcel de los delitos del juicio porque siempre cantaba, y cuando le rogaban que cantase, dejaba de cantar. Impertinencia es esa casi de todos los de esta profesion. En el brocal de aquel pozo que está en el patio se está mirando siempre una dama muy hermosa, como la verás si ella alza la cabeza, hija de pobres y humildes padres, que queriéndose casar con ella muchos hombres ricos y caballeros, ninguno la contentó, y en todos halló una y muchas faltas, y está atada allí en una cadena porque, como Narciso, enamorada de su hermosura, no se anegue en el agua que le sirve de espejo, no teniendo en lo que pisa al sol ni á todas las estrellas. En aquel pobre aposentillo en frente, pintado por defuera de ellas, está un demonio casado, que se volvió loco con la condicion de su mujer. Entonces don Cleofas le dijo al compañero que le enseñaba todo este retablo de duelos: Vámonos de aquí no nos embarguen por alguna locura

## TRANCO IV.

que nosotros ignoramos, porque en el mundo todos somos locos, los unos de los otros. El Cojuelo dijo: Quiero, quiero tomar tu consejo, porque pues los demonios enloquecen, no hay que fiar de sí nadie. Desde vuestra primera soberbia, dijo don Cleofas, todos lo estais, que el infierno es casa de todos los locos mas furiosos del mundo. Aprovechado estás, dijo el Cojuelo, pues hablas en lenguaje ajustado.

Con esta conversacion salieron de la casa susodicha, y á mano derecha dieron en una calle algo dilatada, que por una parte y por otra estaba colgada de ataudes, y unos sacristanes con sus sobrepellices paseándose junto á ellos, y muchos sepultureros abriendo varios sepulcros, y don Cleofas le dijo á su camarada: ¿Qué calle es esta, que me ha admirado mas que cuantas he visto y me pudiera obligar á hablar mas espiritualmente que con lo primero de que tú te admiraste? Esta es mas temporal y de siglo que ninguna, le respondió el Cojuelo, y la mas necesaria, porque es la roperia de los abuelos, donde cualquiera, para todos los actos positivos que se le ofrece y se quiere vestir de un abuelo, porque el suyo no le viene bien ó está traído, se viene aquí y por su dinero escoge el que le está mas á propósito. Mira allí aquel caballero torzuelo cómo se está probando una abuela que ha menester, y esotro, hijo de quien él quisiere, se está vistiendo otro abuelo y le viene largo de talle. Esotro mas abajo da por otro abuelo el suyo y dineros encima, y no se acaba de concertar porque le tiene mas de costa al sacristan, que es el ropero. Otro á esotra parte llega á volver un abuelo suyo de dentro afuera y de atrás adelante y á remendarlo con la abuela de otro. Otro viene allí con la justicia á hacer que le vuelvan un abuelo que le habian hurtado y le ha hallado colgado en la roperia. Si hubieres menester algun abuelo ó abuela para algun crédito de tu calidad, á tiempo estamos, don Cleofas Leandro, que yo tengo aquí un ropero mi amigo, que desnuda los difuntos la primera noche que los entierran y nos le dará por el tiempo que quisieres. Dineros he menester yo, que abuelos no, respondió el estudiante; con los míos me haga Dios bien, que me han dicho mis padres que desciendo de Leandro el Animoso, el que pasaba el mar de Abido en amoroso fuego todo ardiendo, y tengo mi ejecutoria en las obras sueltas de Boscán y Garcilaso. Contra hidalguía en verso, dijo el Cojuelo, no hay olvido ni chancillería que baste, ni hay mas que desear en el mundo que ser hidalgo en consonantes. Si á mí me licieran merced, prosiguió don Cleofas, entre Salicio y Nemoroso se habian de hacer mis diligencias, que no me habian de costar cien reales, que allí tengo mi Montaña, mi Galicia, mi Vizcaya y mis Asturias. Dejemos vanidades ahora, dijo el Cojuelo, que ya he sabido que eres muy bien nacido en verso y en prosa, y vamos en busca de un figon á almorzar y á descansar, que bien lo habrás menester por lo ma drugado y trasnochado, que despues proseguiremos nuestras aventuras.

Dejemos á estos caballeros en su figon almorzando y descansando, que sin dineros pedian las pajaritas que andaban volando por el aire y al fénix empanado, y volvamos á nuestro astrólogo regoldano y nigromante ingerto, que se habia vestido con algun cuidado de haber sentido pasos en el desvan la noche antes, y subiendo á él halló las ruinas que habiadejado su familiar en los pedazos de la redoma y mojados sus papeles y el tal espíritu ausente; y viendo el estrago y la falta de su demoñuelo, comenzó á mesarse las barbas y los cabellos y á romper sus vestiduras como rey á lo antiguo. Y estando haciendo semejantes extremos y lamentaciones, entró un diablejo zurdo, mozo de retrete de Satanás, diciendo que Satanás, su señor, le besaba las manos, que habia sentido el atrevimiento que habia tenido el Cojuelo, que él trataria de que se castigase y que entre tanto se quedase él sirviéndole en su lugar. Agradeció mucho el cuidado el astrólogo y encerró el tal espíritu en una sortija de un topacio grande que traia en un dedo, que antes habia sido de un médico, con que á todos cuantos habia tomado el pulso habia muerto. Y en el infierno se juntaron entre tanto en su sala plena todos los mas graves jueces de aquel distrito, y haciendo notorio á todos el delito del tal Cojuelo, mandaron despachar requisitoria para que le prendiesen en cualquier parte que le topasen, y se le dió esta comision á Cienllamas, demonio comisionario, que habia dado muy buena cuenta de otras que le habian encargado, y llevándose consigo por corchetes á Chispa y á Radina, demonios á las veinte, y subiéndose en la mula de Liñan, salió del infierno con vara alta de justicia en busca del dicho delincuente.

En este tiempo, sobre la paga de lo que habian almorzado habian tenido una pesadumbre el revoltoso diablillo y don Cleofas con el figonero, en que intervinieron asadores y torteras, porque lo que es del diablo, el diablo se lo ha de llevar, y acudiendo la justicia al alboroto, se salieron por una ventana; y cuando el alguacil de corte con la gente que llevaba entendia cogerlos, estaban ya de esotra parte de Getafe, en demanda de Toledo, y dentro de un minuto en las ventillas de Torrejon, y en un cerrar de ojos á vista de la puerta de Visagra, dejando la real fábrica del Hospital de Afuera á la mano derecha, y volviéndose el estudiante al camarada, le dijo: Lindos atajos sabes, mal haya quien no caminara contigo todo el mundo mejor que con el infante don Pedro de Portugal, el que anduvo las siete partidas de él. Somos gente de buena maña, respondió el Cojuelo. Y cuando estaban hablando en esto, llegando al barrio que llaman de la Sangre Cristo y al meson de la Sevillana, que es el mejor de aquella ciudad, el Diablo Cojuelo le dijo al estudiante: Esta es muy buena posada para pasar esta noche y para descansar de la jornada; entrate dentro y pide un aposento y que te aderecen de cenar, que á mí me importa ir esta noche á Constantinopla á al-